

visto, me apersoné con él; y aunque nada alcancé la primera vez, sí llevé la esperanza de conseguirlo más tarde.

»Entonces ofrecí a la Virgen marchar a pie hasta su Santuario de Guadalupe y entrar en él de rodillas desde la plaza, si me concedía la gracia de saber noticias de usted por mí misma, y ayer tuve el gusto de cumplir mi promesa, no bien recibí por mano del carcelero la apreciable carta de usted.

»¡Cuánto lloré al leerla! Pero aún lloro más en este instante en que el acendrado cariño que en ella me muestra, me recuerda la negra ingratitud y el desprecio del hombre que, habiéndome jurado amor eterno, se complace en atormentarme.

»Hablo de Núñez, del sér a quien juzgué dotado de sentimientos generosos y que ayer desgarró mi corazón con su fría indiferencia... Sí, ayer, cuando llena de lágrimas y caminando de rodillas marchaba al templo, tropezó conmigo, me hizo lanzar un grito, y ni siquiera le merecí una mirada de compasión.

»La prisa con que caminaba por entre el inmenso gentío, y lo pronto que desapareció a mis ojos, me hizo creer que corría en busca del objeto de su nuevo amor..., de la mujer que, sin duda, ha ocupado en su corazón el lugar que yo ocupé en otro tiempo más feliz... ¡Ah!, esta idea me oprimió el pecho como si hubieran colocado sobre él la losa del sepulcro y hubiera muerto prensada por la pena, si el llanto no hubiese venido en mi auxilio, llevando en sus calientes gotas una parte del intenso dolor que me agobiaba.

»Si ha amado usted alguna vez, comprenderá el sentimiento profundo que causa la indiferencia de la persona amada..., la intensa amargura que vierte en el alma la triste consideración de no ser amados del sér que idolatramos..., que es nuestra vida..., nuestro único pensamiento.

»¡Ah!, yo lloré y lloré sin descanso, y penetré en el templo inundada en un mar de lágrimas. Allí rogué a la Virgen arrancase de mi corazón la memoria de aquel hombre que no debía amar ya; pero la naturaleza, débil y rebelde, era más fuerte que la voluntad, y la imagen del ingrato se asociaba a todas mis ideas, a todos mis pensamientos; pero no con la fealdad de la ingratitud y de la falsía, sino dulce, tierno, amante y cariñoso, como en los días de nuestra felicidad, cuando embriagado de amor me pintaba el mundo como un edén de interminables y celestiales goces. ¡Ah!, mucho..., mucho me hace llorar y padecer...; pero yo le perdo-

no mis padecimientos y mis lágrimas. ¡Debiera odiarlo..., y sin embargo, lo amo... y lo amo más que nunca!»

Y la hermosa Soledad no pudo contener un ahogado suspiro, ni el llanto que brotó en aquel instante de sus ojos, y fué a humedecer el papel en que estaban escritos sus tiernos sentimientos.

Pasado un breve instante, continuó:

«Pero en medio de la pena y el dolor que me oprimían el alma, Dios quiso proporcionarme un consuelo, enviándome a un hombre que conocía toda la amarga historia de mi vida, al doctor Willey, que me habló de mis queridos padres; de los dos seres que nunca me olvidaron, que a todas horas le hablaban de mí, de su desventurada hija a quien siempre creyeron inocente y pura. ¡Pobres padres míos! ¡Si vieseis a la que tanto amasteis, reducida al triste estado en que se encuentra, viviendo en un oscuro y miserable cuarto que la piedad cristiana le proporciona..., sin otro consuelo que vuestra memoria, ni más apoyo que la caridad..., volaríais a mi encuentro y uniríais vuestras lágrimas a las mías para enjugarlas luego y colmarme de caricias y de felicidad!

»¿No lo cree usted así, querido hermano? ¡Ah!, aun ignoro si viven y dónde se hallan, pues el doctor, que me prometió venir a verme a las tres de la tarde de ayer, me envió después un recado con un criado, diciéndome que no podía verificarlo, y que hoy vendría sin falta. ¡Ah! ¡Lo estoy esperando con impaciencia para que me hable de ellos!

»¡Adiós, desdichado amigo; tenga usted confianza en Dios; ruegue usted a él por su desventurada hermana, como yo lo hago porque resplandezca su inocencia y vuelva usted al mundo para consolar a su reconocida, triste y leal amiga!

SOLEIDAD.»

La hermosa joven, después de secarse algunas lágrimas que arrancó la lectura de lo que acababa de escribir, se preparaba a cerrar la carta, cuando llamaron a la puerta, que estaba entornada.

Sospechando quién fuese, se levantó al instante y corrió a abrirla.

La alegría y el placer se retrataron en el semblante de la joven, al ver a la persona que llamaba.

Era Willey, a quien esperaba con impaciencia para saber noticias de sus queridos padres.

El doctor se estremeció de placer al tocar la mano de su víctima para saludarla.

En su pecho se encendió el infero fuego de una pasión bastarda y criminal; pero bastante diestro para disimular, su llama bajo un exterior hipócrita, compasivo y franco, no dejó ver en su rostro ni la menor señal que denunciase su reprehensible afecto.

Soledad le suplicó que entrase, y le ofreció una silla. Estaba contentísima.

La presencia de aquel hombre le traía a la memoria los dulces instantes que pasó al lado de sus padres, cuando, querida y mimada de ellos, le sonreía un porvenir de felicidad y de amor.

Ignoraba la cándida paloma, que había conducido a su albergue al terrible halcón que buscaba la ocasión oportuna para devorarla.

El doctor echó una mirada escudriñadora por el cuarto, y examinó el terreno escrupulosamente, como examina un experto general el sitio en que ha de dar la batalla.

Soledad le volvió a suplicar que se sentase, y el doctor tomó una silla.

—Estoy conmovido —dijo después de un instante y sentándose— al ver a usted reducida a este humilde cuarto, donde se marchita su belleza, separada del trato de la sociedad en que tanto brilló usted en época no muy lejana.

—¡Dios lo ha dispuesto así, señor Willey; y la religión me ordena conformarme con su voluntad! Pero mi destierro y mi pobreza me importan poco en este instante; lo que me interesa, lo que anhelo saber, es dónde se encuentran mis amados padres..., si aun se acuerdan de su amada hija..., o si han muerto por desgracia.

—Ignoro esto último —contestó el doctor, que ya llevaba fraguada una historia para engañar a su víctima—. A los pocos días de haber desaparecido usted y de dar todos los pasos posibles para encontrarla, partieron, inconsolables, para Guadalajara, después de haber comprado allí una hacienda con el dinero que les produjo aquí la venta de sus casas.

—Continúe usted.

—Yo me quedé con el encargo de hacer todas las pesquisas posibles para saber el paradero de usted y avisarles de todo cuanto hiciese con este objeto.

—¡Desdichados!—exclamó Soledad conmovida.

—Cada ocho días escribía dándoles noticia de cuanto practicaba para dar con usted, y de la esperanza que hacían concebir algunos amigos que me ayudaban.

—¡Cuánto le agradezco a usted ese noble interés, propio sólo de un alma generosa y buena!

—Yo no hacía más que cumplir con un deber de humanidad; pero el éxito no correspondió a mi afán y mis deseos. Nadie supo darme razón de usted, y yo tuve el sentimiento de no poder llevar el consuelo al corazón de sus afligidos padres, anunciándoles el feliz encuentro de su querida hija.

—¡Desdichados! ¿Y le escribieron a usted ellos?

—Todos los correos. Otro día le enseñaré a usted las cartas, llenas de ternura que me escribían con respecto a usted, hermosa Adela. La última que me escribieron fué anunciándome que iban a San Luis. Desde entonces no he vuelto a saber de ellos. Cierto es que yo estuve ausente de México algunos meses; y si me escribieron, habrán dejado de hacerlo no recibiendo contestación.

—¡O habrán muerto acaso!—exclamó la joven con marcado abatimiento.

—No; yo no lo creo así. Dios no habrá querido llevarles de este mundo sin premiar la virtud, concediéndoles la dicha inefable de ver a su tierna y desgraciada hija—contestó con aire y acento hipócritas Willey.

—El cielo lo permita.

—Sin embargo, yo tomo a mi cargo saberlo dentro de pocos días; pues tengo amigos en Guadalajara, que me darán razón de ellos en cuanto les escriba.

—¡Ah!, sí, pregúnteles usted; sepamos si viven, y después me aconsejará usted lo que debo hacer.

—Lo haré con todo empeño.

—¡Gracias, querido amigo! No sin motivo esperaba con indecible anhelo la llegada de usted, señor Willey. ¡Es tan grato para un hijo oír que le hablen de sus padres!

—Yo también anhelaba este momento, y ayer mismo hubiera tenido la dicha de venir a verla a usted, si un asunto indispensable y del momento no me lo hubiera impedido.

—Mil gracias. ¡Cómo contrasta la noble conducta y el empeño de usted, que nada me debe, con la indiferencia de otro hombre a quien correspondía ocuparse asiduamente de consolar a mis afligidos padres y de indagar cómo me hallaba!

—¿Habla usted del hombre que, según me dijeron ellos, debía haberse unido a usted?

—Sí, señor Willey.

—¿Es decir, que no ha vuelto a consagrar a usted su corazón?—preguntó Willey, que ignoraba la suerte que había corrido Soledad desde que la salvaron de la prisión, así como el nombre de la persona que debía haberse unido a ella.

—Todo lo contrario.

—¡Oh!, esa conducta es incalificable. ¿Y cuál es el nombre de quien así se ha burlado de sus juramentos?

—Pues qué, ¿lo ignora usted?

—Completamente. Su buen padre de usted me habló de su próxima unión con un individuo, pero no me dijo el nombre de éste, ni yo tuve la curiosidad de preguntarle.

—Y sin embargo, tal vez lo tratará usted.

—Puede ser muy bien.

—Al menos, así como usted, frecuenta la buena sociedad.

—Pero, ¿cuál es su nombre?

—Francisco Núñez.

—¡Cómo!—exclamó asombrado Willey.

—¿Lo trata usted?

—Tratarlo, no.

—¿Pero lo conoce usted?

—Conocerlo...—contestó el doctor deteniéndose como quien tiene repugnancia en confesar una cosa que deshonra—, conocerlo, sí.

—¡Ah!, la manera con que ha pronunciado usted esas palabras, me hiela—dijo Soledad afligida.

—¿Por qué?

—Porque me indica que el conocimiento de Núñez no le es a usted muy lisonjero.

—No..., yo no trato de...

—¡Ah! No me oculte usted la verdad, señor Willey; yo tengo necesidad de saber el lugar que ocupa ese hombre en la sociedad, y usted me va a dar una prueba de aprecio revelándome la verdad.

—Pero señorita...—exclamó Willey, tratando, con estudiada resistencia, de dar más fuerza a la impostura que fraguaba para desconcertar a la joven.

—Le pido a usted ese sacrificio en prueba del aprecio que se ha dignado usted manifestarme.

—¿Lo desea usted?

—Lo deseo.

—Pues bien; ese hombre es indigno del cariño de un co-

razón virginal y tierno, como el que usted abriga—dijo el doctor, sintiendo renacer el odio contra el joven que lo había vencido y humillado, y procurando alejar con la calumnia del lado de la hermosa toda persona que pudiera defenderla; su empeño era aislarla de todo ser viviente, y se había propuesto poner en juego todos los medios para conseguirlo—. Su conducta, desde hace algún tiempo, ha sido escandalosa. Después de haberse burlado de la credulidad de más de una hermosa, entabló nuevas relaciones amorosas con una joven cándida y hermosa, que tuvo la debilidad de creer en sus palabras. Músico y poeta, como Apolo, y dominado como éste por la afición ardiente al sexo encantador, su vida fué por largo tiempo una cadena de escenas amorosas, cuyo palco escénico lo formaban los salones en que tenían lugar los bailes y los conciertos a que concurría todos los días.

Soledad escuchó aquellas palabras pálida y temblando.

Había creído en la indiferencia de su amante, pero nunca se imaginó que fuese capaz de insultar su desgracia en vez de compadecerse de ella.

Conocía que era preciso olvidarlo, desterrar para siempre su memoria, y sin embargo, le amaba.

Willey leía lo que pasaba en el corazón de su víctima y confiaba en su triunfo.

—¡Ah! ¡Jamás lo creí capaz de semejante infamia!—exclamó la joven, sin poder contener su dolor—. ¡Qué mal ha correspondido a mi acendrada pasión, a mi inextinguible cariño.

Y las lágrimas del sentimiento rodaron por su angélica faz.

—No es digna su memoria de ese precioso llanto, que se afanarían en enjugar los príncipes de la tierra.

—¡Y sin embargo, no lo puedo olvidar! ¡Le amo, a pesar de todas sus ofensas!

Willey comprendió que no era el momento oportuno para tratar de persuadirla, y dejando al tiempo la conclusión de la obra que bajo tan buenos auspicios había comenzado dijo con aire más tranquilo:

—Pero ¿no tendrá usted la bondad de referirme lo que fué de usted la noche de su desaparición; el motivo que existió para ello y todas las circunstancias que han acompañado a su larga ausencia?

Y el doctor esperó que respondiera, a pesar de que conocía como ella misma la historia de su desaparición, puesto que había sido el autor del rapto, aunque ignoraba lo que

fué de ella después de haberse salvado del sitio a donde había ordenado llevarla.

Soledad no titubeó en acceder a la súplica de su falso amigo, y contó punto por punto cuanto tenía relación con aquel triste episodio de su vida que el lector conoce ya.

El doctor fingió una indignación extrema hacia el malvado que había vertido la amargura en el corazón virginal de la hermosa, y un respeto y admiración indecibles por el joven que la había arrancado de las garras de sus verdugos y gemía en aquel instante preso en un oscuro calabozo.

—Es preciso conseguir la libertad de don Félix—exclamó con calor—. Sí, es preciso; y yo la alcanzaré. Tengo amigos de influencia con el gobierno, que obsequiarán mi deseo, y la inocencia quedará triunfante.

—¡Oh, sus palabras hacen renacer en mi alma la esperanza y vierten el consuelo en mi corazón!

—¡Oh! ¡Cómo no supe que vivía usted en casa de don Felipe, mi mejor amigo! ¡Cuántas penas se habría usted ahorrado! Siempre aprecié a don Félix, y no lo creí culpable. ¿Y no ha llegado usted a saber el nombre del infame que la arrebató inhumanamente del lado de su familia?

—No, señor.

—¿Ni sospecha usted quién pueda ser?

—Tampoco.

—¡Oh! ¡Daría la mitad de mi fortuna por saberlo! ¡Su castigo sería entonces proporcionado a su crimen!

Parecía tan natural la exaltación que manifestaba Willey, tan propia la gesticulación y los movimientos que acompañan a la ira, que Soledad, lejos de comprender la comedia que se representaba a su vista, quedó sumamente agradecida al interés que demostraba.

—Olvidemos los males que me han causado y tratemos de remediar los del infeliz a quien la calumnia y la injusticia han arrebatado su dicha y su tranquilidad.

—Tiene usted un corazón de ángel, hermosa Adela, y lo envidio. Pero sí; tiene usted razón; es más noble, más generoso olvidar al que nos ofende, para acordarnos del que nos ha favorecido.

—Me alegro que no desaprobe usted mi opinión.

—Si no estuviese incomunicado, podríamos hacerle algunas preguntas que serían muy convenientes para dar yo los primeros pasos con más seguridad.

—Pues no hay inconveniente para hacérselas.

—¡Cómo!

—El carcelero nos favorece, y hará pasar a sus manos el papel en que se le hagan las preguntas, y recibir la contestación por su conducto.

—¿Será posible...?—dijo admirado el doctor.

—En prueba de que es cierto lo que digo, aquí tiene usted la carta que de él recibí ayer, y la contestación que yo misma le llevaré dentro de un instante.

—¡Una carta de él y otra de usted!—repuso Willey meditando—. A verlas.

—Aquí las tiene usted—dijo la hermosa joven presentándoselas candorosamente.

El doctor leyó detenidamente las dos cartas, y aunque en su corazón bullían los sentimientos de indignación, de enojo y de disgusto, a su rostro sólo hacía que asomasen los del pesar, del sentimiento y del dolor.

Era un verdadero actor que desempeñaba con perfección el papel que se proponía representar y que persuadía al más suspicaz y receloso.

Mientras las leía, sólo meditaba en la manera de cortar aquella correspondencia, y en perder al carcelero que la favorecía; y sin embargo, el llanto corría por sus ojos abundantemente.

El venía a realizar el Proteo y el Jano de la fábula; pues como el primero, mudaba, por decirlo así, de formas, cuando creía conveniente, y tenía dos caras, como nos presenta el segundo.

No le convenía para sus planes que existiese correspondencia alguna entre don Félix y la joven, y mucho menos que hablasen de él en sus cartas.

Félix lo conocía; sabía que era amigo de Duval, y natural era que al elogio que la hermosa hacía de él, contestase el calumniado dependiente revelando alguna cosa que lo desconceptuara, pintándole con los colores que le correspondían.

Sin embargo, disimuló; aplaudió el estilo y sentimiento en que estaba concebida la carta de la joven, y se ofreció a ser portador de ella.

Soledad, que procuraba salir de su casa lo menos posible, se manifestó agradecida a la oferta, y contestó:

—Admitiría su favor, si no temiese abusar de la bondad de usted.

—He dicho a usted antes que aprecié a ese joven cuando lo vi, en casa de mi desgraciado amigo Flan; y puesto que es inocente en el crimen que se le imputa, como usted dice,

y yo lo creo ahora, tengo empeño en entregarle la carta al carcelero para encargarle al mismo tiempo algunas cosas importantes al bienestar del preso.

—Cada rasgo de usted es para mí una nueva deuda de gratitud que contraigo gustosa. Ahí tiene usted la carta, ya que se digna llevarla.

—Dentro de media hora estará en poder del interesado, cuya alma se inundará de placer con su tierno contenido.

—Ese es mi deseo.

Willey creyó que por aquel día había conseguido cuanto podía apetecer, la confianza de su víctima; descubrir la debilidad del carcelero, impidiendo así que se cruzase correspondencia alguna entre la mujer cuya virtud anhelaba vencer, y el hombre que podía descubrirlo; conocer el estado de miseria en que vivía Soledad y saber de dónde recibía los pocos recursos con que contaba para vivir.

Privarle de éstos para reducirla a la mendicidad y triunfar de ella luego con ricas y abundantes dádivas; impedir que pudiera en lo sucesivo comunicarse con Félix y hacer que se borrara de su mente hasta la memoria de Núñez, fué el pensamiento que acarició interiormente y que se dispuso a ponerlo por obra.

—Sí —dijo para sí—. Es preciso aislarla, reducirla a la miseria; alejar de ella a esos hombres que se ocupan en actos de caridad; y cuando se vea sola, abandonada, privada de todo recurso humano, sin esperanza alguna, detestando el nombre del joven que aun ama, entonces yo le brindaré con los tesoros que poseo, le proporcionaré todas las comodidades, manifestando el mayor desinterés y cautiva de mis acciones, empezando por admirarme, acabará por ser mía en cuerpo y alma.

Al acabar de concebir este infame pensamiento, se levantó de la silla, tomó su sombrero, y se dispuso a salir.

—¿Me deja usted tan pronto, señor Willey?—preguntó la hermosa Soledad, con sentimiento de separarse de un hombre a quien creía ver reunidas todas las virtudes.

—Sí, hermosa Adela; el deseo de servir a usted entregando esta carta a la persona que debe estarla esperando con ansia, me obliga a privarme del placer de continuar por ahora a su lado.

—Es usted muy generoso y atento conmigo.

—No hago más que obedecer a los sentimientos de mi corazón. Adiós, Adela; destierre usted de su mente toda idea de tristeza, y ponga usted su esperanza en Dios, que, sin duda, se dispone a premiar con usura sus padecimientos.

—¿Cuándo tendré el gusto de que vuelva usted a honrar mi pobre cuarto?

—Mañana tendré la satisfacción de venir a escuchar el dulce acento del ángel que lo habita.

Y después de darle la mano y hacer una inclinación de cabeza, se ausentó, meditando en los medios de llevar a cabo sus infames proyectos.

Soledad, pensamiento de ángel y alma de paloma, bendijo a Dios por el encuentro de aquel hombre a quien juzgaba el más bueno de la tierra, y contaba los instantes que debían pasar para que su carta llegase a manos del sér que gemía aprisionado.

Pero, ¿llegaron las letras dictadas por el corazón y trazadas por su temblorosa mano, a embalsamar las heridas del alma de su supuesto primo?

¿Cumplió el doctor Willey con la promesa que de entregarlas había hecho?

He aquí lo que veremos en la continuación de nuestra historia.

## CAPITULO XV

### Por ser constante

¿Quién es esa joven de fisonomía dulce como la resignación, de mirada melancólica y serena como el limpio rayo de la luna, y hermosa y pálida como el lirio de los valles que, sentada languidamente sobre una blanca butaca de damasco carmesí, y apoyando su bellísima cabeza sobre la ebúrnea mano de su brazo derecho, cuyo codo descansa sobre el labrado del mullido asiento, dirige su blanda y dulcísima mirada hacia otra hermosa mujer, que estrecha la otra mano entre las redondas suyas, y la contempla de hito en hito, con la celestial ternura con que contempla una cariñosa madre la angélica faz del inocente niño que duerme en la cuna?

¿Por qué está velado su cuarto por oscilantes colgaduras dobles, que impiden la entrada libre a los rayos del sol que baña las copas de los árboles de una espaciosa huerta que al lado se descubre, y mantienen la estancia envuelta en una media y apacible luz, que imprime a los objetos cierto tinte de melancolía y de dolor que conmueve el alma?

¿Por qué en sus lindos y apacibles ojos brillan temblantes esas lágrimas que ruedan silenciosas por sus cándidas